CASA PUBLICADORA BRASILEIRA
COMENTARIO DE LA LECCIÓN

IV Trimestre de 2008
"La expiación y la cruz de Cristo"

Lección 4
(18 al 25 de Octubre de 2008)

La expiación y la iniciativa divina

Pr. Joao Antonio Alves

Versículo para Memorizar: *"Dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra"* (Efesios 1:9, 10)

Pensamiento clave: Mostrar que la Deidad previó la Caída, y que preparó un plan para resolver el problema del pecado mucho antes de que éste surgiera.

La obra de la redención no fue un pensamiento ulterior en la mente de Dios, o una improvisación, una especie de "plan B", que debió surgir como el resultado de la sorpresa que significó la introducción del pecado y sus consecuencias. Por el contrario, el plan divino para la salvación de la humanidad fue formulado antes de la fundación del mundo. El vidente de Patmos hace referencia al "Cordero que fue muerto desde la creación del mundo" (Apocalipsis 13:8). Un aspecto central en la obra de la redención es el sufrimiento y la muerte de Jesús. Por esta razón, se afirma que la cruz se ubica en el corazón mismo de la religión cristiana. Sobre esa cruz, Dios resolvió el problema generado por el pecado y opera la salvación del pecador. Históricamente, ubicamos a la cruz en el tiempo hace unos 2.000 años. No obstante, podemos decir que esa cruz, antes de ser erigida en el Calvario, estuvo eternamente erigida en el corazón de Dios. "Desde antes que fueran echados los cimientos de la tierra, el Padre y el Hijo se habían unido en un pacto para redimir al hombre en caso de que fuese vencido por Satanás. Habían unido sus manos en un solemne compromiso de que Cristo sería fiador de la especie humana. Cristo había cumplido este compromiso. Cuando sobre la cruz exclamó: 'Consumado es', se dirigió al Padre. El pacto había sido llevado plenamente a cabo. Ahora declara: 'Padre, consumado es. He hecho tu voluntad, oh Dios mío. He completado la obra de la redención'." [*El Deseado de todas las gentes*, p. 774].

El misterio del amor de Dios

Generalmente se reconoce que la Ley de Dios refleja su naturaleza. Siendo así, es inmutable, como lo es el propio Dios. En consecuencia, la transgresión del mandato divino por parte de la santa pareja en el jardín del Edén generó una situación por la que, en cierto modo, la propia Divinidad sería puesta a prueba. ¿Cómo encarar esta cuestión? ¿Qué se podía hacer? ¿Cumplir con la palabra pronunciada: "En el día que

de el comieres, ciertamente morirás” (Génesis 2:17), o encontrar una salida? Y si así fuera, ¿cómo resolver el dilema?

La violación de la Ley implica serias consecuencias. Hay un vínculo bien definido entre pecado y penalidad. “El que siembra para su carne, de la carne segará corrupción” (Gálatas 6:8). El castigo es comprendido no como algo posible, sino como algo inevitable. Ante la realidad inexorable de la muerte del ser humano, el amor inconmensurable e incomprensible de Dios lo llevó a hacer provisión de un modo de librar a los pecadores de su destino. Tal como lo afirmó el apóstol Pablo, “Pero Dios demuestra su amor hacia nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8).

Aún cuando la realización del plan de redención haya sido algo oneroso para Dios, pues estaba implícita la muerte del segundo integrante de la Divinidad, el único Hijo de Dios, el amor puso en marcha el plan trazado. Es como si Dios hubiera dicho: “No puedo actuar de otra manera”. Partiendo de su naturaleza, hizo lo que era preciso, y eso implicó la muerte del Hijo amado.

La Ley no podría simplemente ser abolida por Dios, y el hombre ser tratado como si nada hubiera ocurrido. Alguien debía asumir la responsabilidad de la transgresión. En ese caso, la segunda Persona de la Divinidad llevaría sobre sí mismo la penalidad de la desobediencia del hombre. Sin embargo, nadie debe llegar a la conclusión de que, considerando que la Ley refleja el carácter o naturaleza divina, su cumplimiento es capaz de obrar la salvación de cualquiera. La simple obediencia de la Ley no es suficiente para solucionar el problema del pecado. No obedecemos la Ley para obtener la justificación ante Dios, o para alcanzar méritos para nuestra propia salvación. La obediencia es el resultado de la operación de la gracia de Cristo en la vida del creyente.

El corazón humano es egoísta, centrado en sí mismo, buscando sus propios intereses, la satisfacción inmediata. Al reflexionar sobre el amor divina, un amor escrito con sangre, ¿qué anhelas hacer por Él? A veces, escuchamos el argumento de que a Dios no le interesa por lo que yo hablo, visto, digo, presencio o leo. Generalmente, dicho razonamiento es presentado para justificar determinadas preferencias, o conveniencias. La persona muestra que no está dispuesto a dejar algo de su preferencia a favor de su relación con Dios. Pero una relación basada en el amor verdadero, lograda por la acción del Espíritu Santo en la vida del creyente, inevitablemente llevará a una revalorización de toda la vida.

Cuando una persona se casa por amor, demuestra su preferencia por el cónyuge en detrimento de todas las demás personas. También hace surgir el deseo profundo de agradar a la persona amada, de conocer lo que le gusta o no, lo que hace que puedan eventualmente abandonarse algunas cosas que formaban parte de la rutina en el pasado. Todo pasa a ser diferente. Lo más importante es no romper la relación de amor con la persona que se ama. Si trasladamos este razonamiento hacia el terreno espiritual, nuestro mayor deseo será estrechar cada vez más nuestra relación con Dios, pasando más tiempo a su lado, dedicarnos más a El, conocerlo, escuchando su voz y hablando con Él. Considera que Él, por amor a ti, dejó todo. ¿Y tú? ¿Qué estás dispuesto a dejar? Por amor a ti, Él soportó la muerte. Por amor a Él, ¿qué estás dispuesto a soportar? El abandonó el Cielo por ti. ¿Hay algo que no logras dejar? Si es

así, ¿por qué? ¿No será porque tal cosa es más importante que el Salvador? ¿Es mayor que tu amor por Él?

El misterio de la gracia de Dios

La gracia es un aspecto del amor de Dios, que se extiende particularmente a los pecadores. Notemos la declaración del apóstol Pablo: “En Él tenemos redención por su sangre, el perdón de los pecados según la riqueza de su gracia” (Efesios 1:7). “Para mostrar en los siglos venideros la abundante riqueza de su gracia, y su bondad hacia nosotros en Cristo Jesús” (Efesios 2:7). “Riqueza de su gracia”, “abundante riqueza de su gracia”… ¿De qué otro modo podría el apóstol destacar más acentuadamente la gracia divina? Notemos que la gracia no se halla en lo que hacemos o dejamos de hacer. No se encuentra en las ceremonias en las que participamos. No está presente en un símbolo, un libro, etc. La gracia se manifestó a nosotros en la Persona de Jesucristo. Esta gracia, revelando un aspecto del amor divino, nos trajo a la “redención por su sangre”.

La transgresión a la Ley exigía la muerte del pecador. El amor de Dios exigía la salvación del mismo pecador. Y en ese contexto, de la Caída en el pecado, de la miseria espiritual, de la condena a muerte, es donde se manifiesta la gracia de Dios en Cristo.

“Todo lo debemos a la gratuita gracia de Dios. En el pacto, la gracia ordenó nuestra adopción. En el Salvador, la gracia efectuó nuestra redención, nuestra regeneración y nuestra exaltación a la posición de herederos con Cristo” [En lugares celestiales, p. 34].

Si es gratuita, significa que no merecemos la obra realizada en nuestro favor. Esto es importante, para que nadie se juzgue mejor que los demás. De acuerdo con Pablo, todos somos pecadores (Romanos 3:23). Según el profeta, lo mejor que tenemos, o sea, nuestra justicia, no pasa de ser un trapo inmundo (Isaías 64:6). De esta manera, a la vista de Dios, todos somos iguales, desesperadamente carecientes de su gracia. Y Dios nos extiende a todos el ofrecimiento de la gracia en Cristo “Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” (Romanos 5:20). La solución para el pecado es la gracia divina.

Por otra parte, que nadie siga la sugerencia de continuar pecando para recibir mayor gracia de parte de Dios. La salvación es ***del*** pecado, no ***en el*** pecado. Comprendamos el contraste. La salvación restar la relación quebrantada por el pecado. Somos restaurados a una vida de armonía con la voluntad de Dios.

Un plan eterno

Según ya hemos visto, la decisión consciente y deliberada del hombre en desobedecer un mandato específico de Dios tuvo como consecuencia inevitable la muerte del pecador. Al final de cuentas, Adán tuvo a su disposición todo un Huerto de delicias, y le fue vedado sólo un pequeño rincón del Paraíso. Aún así, conocemos el catastrófico resultado de la experiencia que sumergió a toda la humanidad en una situación angustiosa de dolor y sufrimiento, que se prolongará hasta el día en el que nuestro Se-

ñor y Salvador Jesucristo regrese. Siendo el hombre culpable, se justificaría el hecho de que Jesús ejecutara su Palabra y castigara al hombre con la muerte. Pero Él decidió seguir otro camino. En lugar de la muerte eterna, El ofreció la esperanza de la vida eterna. Esta vida está en su Hijo (1 Juan 5:12). En esto consiste el misterio de la piedad (1 Timoteo 3:16), o sea la manifestación del Hijo de Dios para salvación del pecador.

Aunque haya sido definido como un "misterio", hay algunos aspectos en este tema que el Nuevo Testamento revela, conforme son destacados en la Lección.

En primer lugar, fue formulado "antes de la creación del universo" (Efesios 1:2). Eso significa que mucho antes de que los seres humanos cayeran en el pecado, la Divinidad había creado un plan para resolver esta calamidad.

En segundo lugar, este misterio divino fue mantenido "oculto desde los siglos y las generaciones" (Colosenses 1:26). El plan no sólo se detalló de manera anticipada, sino que se determinó que fuera puesto en ejecución en un momento específico. Pero por bastante tiempo, estuvo escondido en la Divinidad.

En tercer lugar, el misterio está específicamente identificado con Cristo (Colosenses 1:27). Esto hace referencia al misterio de la Persona de Cristo, su ministerio, su muerte, resurrección y mediación a favor de una raza humana pecadora. Y, fundamentalmente, las buenas nuevas de salvación por medio de Cristo, que es el evangelio cristiano (Efesios 6:19).

En cuarto lugar, este misterio es definido más adecuadamente como el propósito de Dios de "reunir en Él, bajo una sola cabeza, todo lo que está en el cielo y lo que está en la tierra" (Efesios 1:10). El plan era restaurar, en la Persona de Cristo, la armonía cósmica arruinada por el pecado. La eficacia de este proceso ya era visible en la unidad de los gentiles y judíos en la iglesia (Efesios 3:6).

En quinto lugar, el misterio secretamente formulado dentro de la Divinidad antes de la creación del mundo se hizo conocido en la venida de Cristo a la Historia humana.

El camino de la Cruz

La actitud rebelde del hombre no podía ser ignorada por Dios. Como el Señor no destruyó inmediatamente a Adán y Eva, y tampoco los abandonó a su propia suerte, sólo le quedó una alternativa: poner en práctica el plan de salvación, es decir, iniciar su peregrinaje hacia la Cruz. Allí, "a su tiempo, Cristo murió por los impíos" (Romanos 5:6). Allí Jesús se ofreció como sacrificio "una sola vez y para siempre" (Hebreos 9:26, 28), para aniquilar el pecado. Allí Jesús fue "herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él y por su llaga fuimos sanados" (Isaías 53:5).

La Biblia destaca este aspecto de Cristo de ofrecerse a sí mismo en lugar del pecador, y sufrir el castigo que le estaba reservado. Tal como expresó el apóstol, "al que no tenía pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros, para que nosotros llegásemos a ser justicia de Dios en Él" (2 Corintios 5:21).

Todo el sistema de ofrendas del Antiguo Testamento apuntaba a la muerte sustitutiva de Jesús. El fue la ofrenda final por los pecados de la humanidad. No hubo otra salida. La salvación se basa en el sacrificio único de Jesús. El camino a la gloria pasa por el Calvario. La Pasión precede a la gloria. No hay gloria sin pasión. El clamor de Jesús en el Getsemaní, pidiéndole al Padre que, si fuera posible, le fuera quitado el pasar por ese cáliz, revela de manera inequívoca que el camino de la Cruz no pudo ser evitado, si se quería concretar el plan de salvación.

¿Buscamos la gloria sin la Cruz? Jesús dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a así mismo, tome su cruz, y sígame" (Mateo 16:24). Es natural que retrocedamos ante el dolor y el sufrimiento. No es normal encontrar placer en el sufrimiento. De allí que muchos no quieran seguir el camino propuesto por Jesús. Aún cuando, como ya fue destacado, la salvación no se basa en lo que hacemos, o dejamos de hacer, sino en la gracia de Dios. El discípulo revela que todo individuo fue salvado a Jesús, y esto a través de una vida consagrada a hacer la voluntad del Padre (Mateo 7:21).

El plan de Dios revelado en Jesús

El Nuevo Testamento revela que había un propósito para la venida de Jesús. El no "apareció" como un simple judío iluminado en los caminos de Dios, o como un obrador de milagros, o un revolucionario. El fue "enviado" por Dios. Como "enviado", Él tenía una misión que cumplir. Jesús estaba consciente de esa misión. Lucas destaca unas dieciocho veces esta conciencia utilizando la forma verbal griega *dei* ("debe" o "es necesario"). Esto revela que la vida de Jesús se orientó a la concreción de su misión, la de "buscar y salvar a lo que se había perdido" (Lucas 19:10). En este sentido, no permitió que ni siquiera las necesidades más básicas lo apartaran del cumplimiento del propósito de su venida. En el episodio de la mujer samaritana (Juan 4), donde también encontramos la forma verbal *dei* (versículo 4), Jesús declaró a sus discípulos: "Mi comida es hacer la voluntad del que me envió, y acabar su obra" (versículo 34).

La misma forma verbal es utilizada cuando se revela el fin de su misión salvífica en este mundo. En Mateo 16:21 Él les declaró a sus discípulos que le "era necesario ir a Jerusalén… [y] ser muerto". El se dirigió hacia allí porque era necesario que fuera rechazado por la generación impía (Lucas 17:25); para que fuera contado con los malhechores (Lucas 22:37), y ser levantado en la Cruz (Juan 3:14; 12:34).

Pero morir no alcanzaba para que su misión se cumpliera. Le era necesario ser resucitado (Hechos 17:3); recibido en gloria, y permanecer allí hasta que todas las profecías se cumplieran (Hechos 3:21). El estaba siguiendo el plan eterno elaborado por la Divinidad.

Todas estas cosas sucedieron porque Jesús fue obediente al plan celestial a favor de la humanidad, aún cuando la fidelidad a esa misión lo haya conducido a la "muerte, y muerte de Cruz" (Filipenses 2:8), una muerte dolorosa y vergonzosa. Pero la Cruz estaba en el centro mismo de la misión de Jesús y el plan de Dios. No fue solamente otra cruz entre las miles que fueron levantadas por los romanos para castigar a un criminal más. Allí estaba el Hijo de Dios, el Salvador del mundo. Él murió inocente, vo-

luntariamente, de acuerdo con la voluntad del Padre. Su muerte tiene un valor salvífico infinito. Tal como es destacado por Berkhof, la obra de la expiación "no es completa sin la intercesión. Su obra sacrificial en la tierra requiere su servicio en el Santuario celestial" [Berkhof, *Teología Sistemática*, p. 368].

No puede ignorarse este aspecto de la obra de Cristo para la salvación de la humanidad. El Santuario del Antiguo Testamento enseñaba a través de símbolos la verdad de la muerte sacrificial y la intercesión por los pecadores. Jesús es el clímax del sistema del Santuario. Hoy, es el Sacerdote del Santuario celestial. El aplica los méritos de su victoria en la cruz a favor del pecador arrepentido. La verdad del ministerio sacerdotal de Cristo destaca que la salvación está todavía disponible. La salvación conquistada con sangre es tuya. Y es de todo aquél que cree, se arrepiente, y se entrega.

Si, para Jesús, era "necesario" concretar determinadas cosas para cumplir con la misión que le había sido encomendada, ¿qué cosas son necesarias en tu vida? Específicamente respecto a tu vida espiritual, ¿qué cosas tú debes hacer? ¿Se te hace difícil tomar algunas decisiones? Recuerda, Jesús sabe cuán difícil es vivir en este mundo, conoce tus flaquezas y limitaciones. Por ti, Él está intercediendo en el Santuario celestial, para darte el poder que necesitas para hacer decisiones correctas, y cumplir con la misión de Dios viviendo una vida consagrada al Salvador.

Pr. João Antonio Alves
Profesor de Teología
Instituto Adventista del Nordeste
Brasil

